

Diálogos de tiempo, diálogos en el tiempo

El imaginario de nuestro tiempo ha comenzado a valorar lo heterogéneo; a aceptar que lo múltiple es valor en sí mismo, estímulo; a entender como necesaria la comunicación entre lo dispar, el acercamiento de los extremos, el diálogo de los contrarios, el encuentro de lo disímil, la vitalidad de lo diverso y lo disperso, la heterogeneidad potencialmente creadora; ha comenzado a apostar por la paulatina desaparición de centros únicos, al desvanecimiento de férreas hegemonías y a la supresión de supremacías demasiado definitivas; ha comenzado a creer, también, en la posibilidad de un planeta convertido en circunferencia sin centros: vastísima superficie en la que todos los espacios pueden llegar a ser centro, abarrotado encuentro de racionalidades y memorias. En nuestro achicado planeta, todas las regiones se acercan cada vez más; sin embargo, hoy por hoy, la cercanía es confusa: tiene la forma de un caleidoscopio, de un espacio desconcertantemente fragmentario. De muchas maneras, Occidente intercomunica todos los fragmentos. El destino de la humanidad pareciera identificarse al destino de Occidente. El mundo se refleja en Occidente y éste, como si de un inmenso espejo se tratase, devuelve su imagen a todos los rostros que en él se miran: añadiendo algún rasgo de su propia faz a cada figura reflejada.

Por siglos, Occidente impuso al mundo su cultura. Por siglos, el mundo sólo escuchó la voz de Occidente, una voz que hablaba de triunfos y conquistas, de esfuerzos y desmesuras. Una voz convertida en retórica de orgullos e indudables certezas. Una voz para la cual los otros no existían sino como mudos interlocutores: asertivos y obedientes proveedores. Egoísta y soberbia, la voz occidental ridiculizó las voces ajenas por pintorescas y risibles; las consideró caricaturizables jergas, monólogos de arrinconadas impotencias, balbuceantes discursos sin escapatoria. Occidente pareció olvidar que los rumbos y destinos de las culturas entran, todos, en

el resbaladizo terreno de los mitos y de los espejismos del tiempo. Pareció olvidar, también, que el triunfalismo o derrotismo no son sino códigos, rituales, percepciones, enmascaramiento... Por siglos, Occidente, cultura triunfadora, ignoró a las otras culturas marginadas de la razón. Por siglos, la historia de los conquistadores de espacios fue haciéndose a costa de la historia de los otros: aquéllos cuyos espacios eran conquistados. Los primeros ocupaban lo que los segundos no lograban defender. Aquéllos devastaban lo que éstos no podían proteger.

Hoy, nuestro mundo ha dejado de ser espacio de conquista y despojo. Las antiguas naciones colonizadas ejercen su derecho a hablar, a mostrarse, a hacer y a ser. Hoy, el fin de la modernidad suma imaginarios surgidos de un mundo empequeñecido. Un mundo empequeñecido es un mundo donde no es posible ya para ningún país seguir viviendo de espaldas a los otros. Un mundo pequeño nos convierte a todos en testigos: todos sabemos porque todos vemos, todos somos cómplices porque todos sabemos. En nuestro pequeño mundo cada vez es más difícil callar porque cada día la miseria, el dolor, el absurdo, la precariedad, la injusticia están más grotesca y dolorosamente a la vista de todos; cada vez es más fácil descubrir y entender que, a fin de cuentas, todos los hombres nos necesitamos, que todos somos vulnerables, que todos hablamos con la misma voz humana. La Tierra nos escucha hablar a todos y un ensordecedor rumor satura todos los momentos... La voz de la agotada modernidad habla con las voces anhelantes de modernidad. La voz de los viejos conquistadores de espacios habla con la voz de los viejos conquistados. Las culturas hablan desde su memoria y hablan, sobre todo, desde sus ilusiones.

Sin embargo, en este mundo donde no hay cabida para la sordera o el mutismo entre los pueblos, el rencor entre regiones vecinas multiplica todavía retóricas de odio y de aislamiento. Renacen en el Viejo Continente particularismos culturales convertidos en obsesiones de clausura, en resentimientos aferrados a una única memoria, en odios convertidos en solitaria consigna. Por doquier, pero muy especialmente en los antiguos territorios de la Europa del Este, renacen tradiciones, recuerdos y veneraciones que no son sino espacio de enfrentamiento hacia otras tradiciones, otros recuerdos, otras veneraciones... La Humanidad contempla con estupor el grito homicida de regionalismos que exigen, junto a la propia afirmación, la negación del otro; junto a la propia vida, la muerte ajena. En la ex-Yugoslavia, por ejemplo, regiones entre sí, y dentro de ellas ciudades y aldeas, y, allí, barrios contra barrios, se destruyen en nombre de una pequeña historia, del derecho de hablar una lengua, de venerar a un héroe, de ritualizar un recuerdo o de practicar una religión. Desconcertado, el mundo mira esos interminables, esas deudas infinitas. Reaparecen,

atrocies, imágenes que se pensaron postergadas para siempre: campos de concentración y exterminio; asesinatos masivos de civiles; emigraciones de poblaciones enteras; ancianos, mujeres y niños masacrados... Todo en nombre de una tradición y del derecho a honrar un pasado. La diversidad cultural, identificada con el exultante rostro de la vida, muestra, en nuestros días, una faz muy cercana al negro vacío de la muerte.

Todavía vemos en nuestros días otra forma de sordera, esta vez producto de la prepotencia de pueblos que no quieren dejar de seguir siendo poderosos (o que no se resignan a dejar de parecerlo). Así, Francia, para demostrar al mundo que es todavía una potencia, insiste en detonar algunas bombas atómicas en distintos atolones del Océano Pacífico. Se trata de mostrar a todos el propio poderío, aun a costa de la contaminación de una atmósfera que es de todos, que nos pertenece a todos. Inspirados en la insensata bravata, los sectores más conservadores de la política yanqui proponen que su país haga lo mismo para que el mundo no olvide quién es el amo. Persistencia absurda de irracionales actitudes de arrogancia e indiferencia¹. Sólo el diálogo entre los pueblos puede garantizar la vida de los pueblos, solo el diálogo entre las culturas puede garantizar la vida de las culturas, sólo el diálogo entre todos podrá garantizar la existencia de un futuro. Un diálogo que sea vitalidad y, sobre todo, traducción de la palabra ajena. Traducción: la voz de los otros y mi propia voz convertidas en léxico común. La traducción, ha dicho Octavio Paz, introduce lo otro —lo extraño, lo diferente— dentro de lo nuestro —lo común, lo natural—. Traducir es asimilar distintas maneras de entender y de actuar. Es comprender la voz de los otros. Es vernos todos reflejados en el rostro de todos. La traducción comunica las diferencias. Convierte los intereses de algunos en posible acuerdo universal. Incorpora la originalidad de todas las experiencias en una común experiencia de la humanidad. La traducción dice que todas las memorias y todas las tradiciones son importantes, que todas son necesarias.

Como latinoamericano, pertenezco a una tradición, la hispánica, y, dentro de ella, a su vertiente hispanoamericana. Como todas, mi tradición está hecha de memorias y de ilusiones. Desde su particular espacio, en la vitalidad de su propio tiempo, mi tradición cultural contempla la historia de Occidente. Occidente nos concierne a los latinoamericanos: siempre formamos parte de él. Sus signos fueron nuestros signos, sus voces comenzaron nuestras voces, sus ilusiones dibujaron nuestro inicio y sus sueños iniciaron nuestra historia; ni mejor ni peor que otras: sólo diferente, sólo nuestra. Hoy, en nuestro pequeño e intercomunicado espacio planetario, la máscara de Occidente y la máscara de América Latina deben dialogar, comunicarse, traducirse... Por siempre, los latinoamericanos

¹ En el momento en que escribía estas líneas, la voluntad del gobierno francés de hacer explotar una serie de seis bombas atómicas en los coloniales dominios de la Polinesia francesa, parecía susceptible aún de algún tipo de rectificación final; sin embargo, con una terca arrogancia que fue más allá de toda forma de verosimilitud, desoyendo el clamor del mundo entero, el gobierno de Jacques Chirac, y según sus razones de una necesaria disuasión nuclear no exenta de un retorcido «patriotismo», hizo detonar todas las bombas prometidas. La vieja racionalidad de los fundadores de la modernidad se volvía contra ellos convertida en una trágica parodia de sí misma.

contemplamos y escuchamos a Occidente, pero Occidente nunca pareció saber de nosotros. Nos miraba con desdén o con ignorancia: formábamos parte de una vaga y muy exótica otredad lejanamente situada en las afuerzas de su espacio y de su tiempo.

A comienzos del siglo XVIII, Daniel Defoe publicó su relato sobre un naufrago llamado Robinson Crusoe. Todo en esa novela expresaba certezas de futuro: la inteligencia occidental reharía el mundo, la naturaleza se convertiría en bien material del hombre civilizado, la voluntad de dominio de los europeos abriría para los hombres del porvenir las puertas de un definitivo control del tiempo y de la historia... En nuestros días, William Golding publicó *El señor de las moscas*, una novela que desarrollaba también el tema del naufragio y la consiguiente anécdota de supervivencia. La trama de *El señor de las moscas* es una macabra contrapartida de las viejas heroicas hazañas de Crusoe. En ella se describe la aventura de un grupo de niños, internos en un exclusivo colegio, que, tras caer al mar el avión en que viajaban, van a parar a una isla desierta. Aislados, tratan de sobrevivir repitiendo las formas de convivencia del mundo adulto que les es familiar. Sin embargo, poco a poco, la mayoría de ellos es víctima de una regresión que termina arrastrándolos hacia el embrutecimiento, la crueldad e, incluso, el crimen. El oportuno rescate final los salva de una muerte cierta a la que parecían condenados en la peor forma de decadencia: aquélla que impide, incluso, la posibilidad de sobrevivir.

La novela de Golding, exacto opuesto al mito robinsoniano, expresa dos desconfianzas: una, ante el tiempo; la otra, hacia los otros. El tiempo es dibujado como un feroz y arriesgado ahora que borra cualquier forma de memoria y niega toda posibilidad de futuro. El otro es un amenazante adversario, un interminable peligro. La vulnerabilidad colectiva es consecuencia de la degradación del grupo. El grupo es frágil porque el yo y los otros no coexisten; subsisten sólo en medio de la decadencia. La imprevisibilidad del tiempo es la consecuencia de la fragilidad del nosotros. No existe el porvenir porque no existe el «nosotros». No hay futuro porque se ha borrado lo «nuestro». *Robinson Crusoe* dibujaba imágenes que expresaban, sobre todo, confianza ante el tiempo: seguridad en el presente, fe en el futuro. *El señor de las moscas* expresa todo lo contrario: incertidumbre sobre el presente, ausencia de futuro... Si el destino de Robinson era el crecimiento, el de los niños de la novela de Golding es la autodestrucción. El largo paréntesis que separa los comienzos del siglo XVIII del final del siglo XX, es un largo itinerario que señala definitivos cambios: lo que fueron las grandes certezas de Occidente terminaron convirtiéndose en temor ante la acumulación de